

La historia simbiótica entre hongos, insectos y humanos es fascinante:
Imagínense una espora minúscula dispersándose por los caminos del aire
Que por azar o por destino se topa y se adhiere a un exoesqueleto
Quién será a futuro el huésped ambulante de un entramado de micelio.

Enredándose entre músculos y nublando sus sinapsis poco a poco,
Ahora el hongo ya es mas que un hongo, con extremidades y con un cuerpo
Que controla a su antojo en un tour por los montañas de Tepoztlán
Hasta que decide desde sus entrañas reventar al insecto y empezar a fructificar.

Después llega Rob, feliz detective de seres naranjas fluorescentes,
Que encuentra, recolecta y prepara en tesitos y brebajes alcohólicos selectos
Ya sea para nuestro sistema inmune o para prácticas sexuales más potentes,

Si uno se fija, la farmacia está en casa y entre las grietas olvidadas de los cerros.
En fin, hasta aquí este giro existencial tan profundo y contra ejemplo neodarwiniano
En el que sobrevive el organismo más sencillo en vez del más evolucionado.